

Desde el primer instante aflora en el pintor la desconfianza del cerebrotónico, la intranquilidad ante las personas desconocidas propia del esquizotímico y se siente desasosegado. Cree estar en presencia de gente temible. Piensa que debe estar alerta y que no puede permitirse un minuto de descuido en un medio como éste:

«Me maldije mentalmente por distraerme: con esa gente era necesario estar en constante guardia» [102].

El hecho de que María no aparezca en el salón lo pone más nervioso aún, máxime si consideramos que está molesto por que no ha ido a recibirlo a la estación. Esta reacción, que lo caracteriza en todas las situaciones relacionadas con su afán de afecto, es también propia de la perturbación que padece su personalidad. Karen Horney dice que el neurótico es autoritario e impaciente y tiene el afán de que todo se haga según lo que quiere él. Esta exigencia es «susceptible de constituirse en una fuente de incesante irritación para él si los demás no cumplen con exactitud lo que aguarda de ellos o si no lo hacen en el preciso momento en que así lo desea» (18).

Durante toda la larga conversación que mantienen Castel, Hunter y Mimí (Castel apenas habla) mientras aparece María, el primero continúa elaborando mentalmente un concepto sobre los anfitriones:

«Esta gente es frívola, superficial. Gente así no puede producir en María más que un sentimiento de soledad. Gente así no puede ser rival» [108].

Esta última deducción, pese a que ha sido elaborada por él mismo y a que siempre confía en sus propios juicios, <sup>3</sup>er logra tranquilizarlo. Su molestia y disgusto van transformándose en <sup>u</sup>tristeza, sentimiento que se disipa de inmediato cuando, después de escuchar la interminable y frívola conversación de Hunter y Mimí, concluye que María no ha bajado al salón para no tener que soportar las opiniones de Mimí y su primo:

«La cosa era clara; María, desesperada por la llegada repentina de esa mujer, se había encerrado en su dormitorio pretextando una indisposición; era evidente que no podía soportar a semejantes personajes» [113]. (Sheldon hace notar, cuando se refiere a la disociación mental vertical y a la introversión de los cerebrotónicos, que éstos son mentalmente intensivos, reservados y subjetivos. Se orientan hacia su percepción más remota más que a la escena exterior. Para

[18] Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 186 y 187.

ellos, la realidad es lo que ellos mismos rastrean en sus propios sótanos mentales, y conforme a lo que en esos sótanos han descubierto, actúan.)

Cuando por fin aparece María sus sentimientos vuelven a fluctuar entre la alegría y la tristeza. En la tarde van a sentarse junto a unas rocas y, mientras María, en un desacostumbrado raptó de expansión, le habla de su amor por él, Castel dirige sus miradas hacia el fondo del acantilado y siente de nuevo el atractivo que para él ha tenido tantas veces la muerte. Pero esta vez sus anhelos destructores no se dirigen sólo a su persona...:

«El mar se había ido transformando en un oscuro monstruo. Pronto la oscuridad fue total y el rumor de las olas allá abajo adquirió sombría atracción. ¡Pensar que era tan fácil! Ella decía que éramos seres llenos de fealdad e insignificancia; pero, aunque yo sabía hasta qué punto era yo mismo capaz de cosas innobles, me desolaba el pensamiento de que también ella podía serlo, que seguramente lo era. ¿Cómo? —pensaba—, ¿con quiénes, cuando? Y un sordo deseo de precipitarme sobre ella hasta ahogarla y arrojarla al mar iba creciendo en mí [121].

Sin embargo, Castel no hace nada de eso. María sigue monologando y luego, ya bastante avanzada la hora, regresan a comer. Encuentran a Hunter solo, esperándolos. Mimí se ha marchado y su primo los recibe con perceptible molestia. Castel se pone sospechoso. ¿Por qué Hunter revela su disgusto ante la tardanza de María? ¿Es que la ama y está celoso porque ella no le corresponde? ¿O es que le corresponde y Hunter se siente con derechos sobre la muchacha? Después de un exhaustivo análisis de la conducta de María y de la reciente actitud de Hunter, Castel, ya solo en su habitación, concluye que es amante de Hunter, y de ello no cabe la menor duda.

Apenas aclara, se levanta, baja con su valija y su caja de pinturas y se marcha a la estación, donde toma el tren que lo conduce a Buenos Aires.

Los días que siguen Castel los pasa borracho, echado en su cama o en un banco de Puerto Nuevo. Incluso es conducido a la cárcel por ebriedad, de donde sale lleno de piojos. Todos esos días su mente se sume en un estado que si no es locura está muy cerca de ella. Escribe una larga carta a María, donde le expresa que no puede comprender que una mujer como ella sea capaz de decirles palabras de amor al marido y a él, al mismo tiempo que se acuesta con Hunter. Despacha

la carta certificada y sale del correo. Es interesante destacar que, al redactarla, Castel pone en evidencia una característica cerebrotónica que Sheldon advierte y señala cuando se refiere a los escritores que acusan este temperamento. Explica el autor de *Las variedades del temperamento* que, para la mente cerebrotónica educada, la palabra tiende a convertirse en una herramienta muy aguzada, que debe utilizarse con gran cautela y exactitud. Percibe este individuo en forma muy sutil los diversos matices de significación de las distintas voces y locuciones, de modo que, al escribir, vacila, piensa, corrige y coloca el término que le parece más adecuado después de mucho titubeo. Veamos, pues, cómo Castel nos pone en antecedentes de esta especial sensibilidad que acusa frente a las palabras:

«Me puse ropa seca y comencé a escribir una carta a María. Primero escribí que deseaba darle una explicación por mi fuga de la estancia (taché «fuga» y puse «ida»). Agregué que apreciaba mucho el interés que ella se había tomado por mí (taché «por mí» y puse «por mi persona»). Que comprendía que ella era muy bondadosa y estaba llena de sentimientos puros... Le dije que apreciaba en su justo valor el asunto de la salida de un barco o el asistir sin hablar a un crepúsculo en un parque, pero que, como ella podía imaginar (taché «imaginar» y puse «calcular»), no era suficiente para mantener o probar un amor: seguía sin comprender cómo era posible que una mujer como ella fuera capaz de decir palabras de amor a su marido y a mí, al mismo tiempo que se acostaba con Hunter (taché «Hunter» y puse «el señor Hunter»; la combinación de la palabra acostarse «con un repentino respeto formal por ese individuo me pareció muy eficaz)...» [129 y 130].

Una vez que ha salido del correo, Castel se autoanaliza y concluye que con esos procedimientos no logrará nada bueno. Lo único que ocurrirá es que María, herida despiadadamente por sus palabras, se alejará de él, es decir, pasará justamente lo que por nada del mundo quiere que suceda.

Dominado por este temor, regresa al correo y mantiene una airada disputa con la empleada, pues le exige que le devuelva la misiva. Como no lo consigue, piensa que «podría incendiar de alguna manera el cesto de las cartas». Pero sabe que eso complicará las cosas y no lo hace. Se queda esperando a la empleada para insultarla cuando salga. Está allí durante una hora y luego decide marcharse, pues se convence de que la carta está muy bien y que conviene que llegue a manos de María. Mientras camina, la tristeza, el arrepentimiento y el

odio hacen presa de su espíritu. Triunfa el segundo y decide telefonar a María para pedirle disculpas por la nota que recibirá. Pero en vez de hacerlo, concluye por decirle cosas aún peores que las de la carta. La amenaza con matarse. Esto último conmueve a María, quien le promete regresar al día siguiente. Pese a esto, no se tranquiliza. Se marcha a un bar, bebe, elige a la mujer que le parece más depravada y pelea con unos marineros. Se marcha a su taller con la prostituta. Allí sorprende en ésta una expresión que le recuerda a María y obtiene del hecho una conclusión silogística:

«María y la prostituta han tenido una expresión semejante; la prostituta simulaba placer; María, pues, simulaba placer; María es una prostituta» [141].

Convencido de que en las cosas de la vida no hay que dejarse embaucar por caras ni por muestras de cariño, sino que es necesario obrar según lo que se concluya mediante la lógica, busca como última prueba de sus suposiciones la opinión ajena. Va donde un amigo de Hunter, «un individuo despreciable», y, a boca de jarro, le pregunta:

«¿Cuánto hace que María Iribarne es amante de Hunter?»

«De eso no sé nada», responde éste.

Cuando cree que ya es hora de que María esté en Buenos Aires la llama por teléfono. Acuerdan juntarse donde siempre. Castel acude y reflexiona sobre lo que va a hacer. No puede resignarse a perder a su amada:

«Por un segundo, el espanto de destruir el resto que quedaba de nuestro amor y de quedarme definitivamente solo me hizo vacilar... A medida que avanzaba en estas reflexiones, más iba haciéndome a la idea de aceptar su amor así, sin condiciones y más me iba aterrizando la idea de quedarme sin nada, absolutamente nada» [146].

El más terrible problema de Castel es la soledad y, ante el temor de volver a afrontarla, decide aceptar a María tal como es. Lo invade una nueva alegría ante esta resolución, pero la muchacha «le falló una vez más» y no viene a la cita. Castel llama por teléfono y de su casa le dicen que se ha marchado nuevamente a la estancia.

Acometido por violenta ira, regresa al taller y, con un cuchillo, hace pedazos sus cuadros uno por uno, ensañándose especialmente con aquel por cuyo intermedio conoció a María. En seguida va donde un conocido y le pide el automóvil, en el que se marcha a la estancia a ciento treinta kilómetros por hora, decidido, por fin, «a hacer algo concreto».